Saludo cordialmente a la presidencia, a las autoridades presentes y a todos los participantes.

Supone un gran honor recoger hoy el Premio Razón Abierta, promovido por la Universidad Francisco de Vitoria y la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. Hago aquí presente el agradecimiento de los más de 20 profesores y 600 alumnos que participan cada año en el Programa de Grandes Libros de la Universidad de Navarra. El Premio es para todos ellos. Yo intervengo aquí como la persona que presentó la candidatura y actual coordinador del Programa.

\*\*\*

Permítanme unas breves reflexiones acerca de la contribución formativa de los Seminarios de Grandes Libros. El célebre comienzo de la novela *Historia de dos ciudades* puede servir como marco. Escribe Charles Dickens: “Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos”. Desde el punto de vista educativo, ¿vivimos en el peor de los tiempos posibles? En cierto sentido, sí. El Papa Francisco llegó a afirmar que nos encontramos ante una “emergencia educativa” y, por eso, propuso un “Pacto educativo global” que diera origen a un nuevo humanismo.

Pero también puede decirse que vivimos en el mejor de los tiempos posibles, pues en las últimas décadas están surgiendo iniciativas capaces de dar respuesta a los retos mencionados, demostrando que la Universidad sigue viva. Desde luego, el Instituto Razón Abierta y los premios que promueve son un buen ejemplo. Siempre he considerado que su trabajo es modélico y que inspira a numerosas universidades del mundo. Además, hacen honor a lo que Benedicto XVI afirmó en su discurso para la Universidad La Sapienza: “En el ámbito de la fe cristiana, en el mundo cristiano, podía, más aún, debía nacer la universidad”. El cristianismo necesitaba instituciones de educación superior para comprender al Dios cristiano, que es “Razón creadora y, al mismo tiempo, Razón-Amor”. Ahora bien, debeb ser instituciones donde se cultive una razón abierta.

Otra de las iniciativas que ofrecen esperanza en el actual panorama educativo es el movimiento que está extendiendo los Programas de Grandes Libros más allá del lugar en el que nacieron, los Estados Unidos, a al resto del mundo. La Universidad de Navarra participa activamente en él.

¿Qué aportan los Seminarios de Grandes Libros? Desde luego, no son la solución a todos los problemas, pero sí a algunos. Me referiré aquí sólo a uno de ellos: facilitar el autoconocimiento, la respuesta de la pregunta por el sentido o ¿en qué consiste ser humano?

En la novela *Retorno a Brideshead*, Evelyn Waugh incluye como personaje secundario a Hooper. El autor lo utiliza para personificar las carencias de la “educación moderna”. Escribe: “Hooper había llorado a menudo, pero nunca por el discurso del rey Enrique V en la función del día de San Crispín, ni por el epitafio de las Termópilas. En la historia que le habían enseñado, no se mencionaban demasiadas batallas, pero, en cambio, abundaban los detalles sobre la legislación humana y las recientes transformaciones industriales”.

Esa falta de conocimiento de la tradición cultural ha contribuido a crear una generación de errantes o vagabundos, de personas que transitan por la vida como “boyas a la deriva”, sin origen ni meta, por emplear la metáfora de Ortega y Gasset. Ya Ulises le había confesado en la *Odisea* a su entrañable amigo Eumeo, el porquero, que “no hay nada peor para el hombre que ser vagabundo”.

Quizá el primer problema educativo sea el “hermetismo” característico de la sociedad de masas, que se siente satisfecha siendo como es. Sólo es posible el cambio cuando uno descubre, como le sucedió a San Agustín, la insuficiencia de lo que un mundo regido por los principios del honor y el éxito puede ofrecerle. En ese sentido, el punto de inflexión en la vida del santo no llegó en el momento del “tolle, lege”, sino antes, cuando concluyó que “ninguna salvación había en la retórica que enseñaba”.

Ese saberse incompleto y necesitado de alguien que nos redima comienza al advertir que la tarea humana fundamental para cada persona consiste en responder a la pregunta “¿quién soy?”. Tal camino comienza con el reconocimiento del misterio que habita en nuestro interior. Según lo formulaba San Agustín: “Ni yo mismo comprendo todo lo que soy”, o “Yo mismo me había convertido en un gran problema”.

El viaje de la persona en busca del sentido de la existencia no puede ser pacífico, ni conducir a un mundo idealizado. Tiene que ser capaz de ponernos frente a nuestros demonios, de asomarnos al abismo junto al que caminamos. Lo peor sería no darse cuenta de que vivimos al borde del precipicio. Pero tan malo sería pensar que estamos irremediablemente condenados a caer por él. La educación supone siempre una clara expresión de esperanza en la condición humana: la convicción de que tenemos algo valioso que transmitir a las nuevas generaciones y que un mundo mejor es posible. Sin esperanza no es posible la educación.

Gracias.